

# Bajo el acecho de Cronos

**Carlos Mario Correa Soto<sup>1</sup>**  
**Lina Mondragón<sup>2</sup>**

Recibido: 2014-03-24  
Enviado a pares: 2014-03-25

Aprobado por pares: 2014-06-11  
Aceptado: 2014-07-03

DOI: 10.5294/pacla.2015.18.1.8

## **Para citar este artículo / To reference this article / Para citar este artigo**

Correa-Soto, C. M., Mondragón, L. Marzo de 2015. Bajo el acecho de Cronos. Palabra Clave 18(1), 184-211. DOI: 10.5294/pacla.2015.18.1.8

## **Resumen**

La crónica universitaria en Colombia, escrita y publicada por los estudiantes reporteros en los periódicos y revistas que sirven de laboratorio a los pregrados de Comunicación Social o Periodismo, se mira en el espejo de cuerpo entero de la narrativa periodística latinoamericana contemporánea de los denominados nuevos cronistas de Indias, tanto en aspectos de contenido como de forma. Este artículo describe las apuestas por la crónica que hacen estos aprendices a partir de una preselección de 300 narraciones, de un total de 700, ubicadas en 35 periódicos y revistas, impresos y digitales; y de una selección final, convertida en una antología, *Aprendiz de cronista*, de 105 crónicas publicadas entre octubre de 1999 y noviembre de 2013. Además presenta los temas recurrentes entre los jóvenes reporteros, tales como: crimen, narcotráfico, migraciones forzadas, vida urbana, marginación, prostitución, pandillas, música, recreación y deporte, rebusque mayor y menor; es decir, los esplendores y las miserias individuales y sociales de cada día.

- 
- 1 Profesor Asociado, Universidad Eafit. Magíster en Literatura Colombiana, Universidad de Antioquia. ccorrea9@eafit.edu.co
  - 2 Auxiliar de investigación, Universidad Eafit. Comunicadora social y candidata a la Maestría en Estudios Humanísticos de la Universidad Eafit. lmondrag@eafit.edu.co

## **Palabras clave**

Periodismo universitario, periodismo narrativo, aprendices, crónica, reportaje (Fuente: Tesaurus de la Unesco).

# Under the Threat of Chronicles

## **Abstract**

The form and content of the university chronicle in Colombia - written and published by student reporters in newspapers and magazines that serve as laboratories for undergraduates in social communication and journalism - is examined in the full-length mirror of the contemporary Latin American journalistic narrative of the so-called new chroniclers of the Indies. This article describes the gamble these apprentice journalists are taking on the chronicle. It is based on a pre-selection of 300 narratives from a total of 700 found in 35 newspapers and magazines, in print and digital form, and on a final selection made into an anthology: *Aprendiz de cronista* (Apprentice Chronicler) featuring 105 chronicles published between October 1999 and November 2013. It also looks at the recurring themes among young reporters, such as crime, drug trafficking, forced migration, urban life, marginalization, prostitution, gangs, music, recreation and sports, major and minor moonlighting or jobs on the side; in other words, the individual and social splendors and miseries of each day.

## **Keywords**

Journalism, college, apprentice, chronicles, reports (Source: Unesco The-saurus).

# Sob a ameaça da crônica

## Resumo

A crônica universitária na Colômbia, escrita e publicada pelos estudantes repórteres nos jornais e revistas que servem de laboratório aos cursos de graduação em Comunicação Social e Jornalismo, se olha no espelho de corpo inteiro da narrativa jornalística latino-americana contemporânea dos denominados novos cronistas de Índias, tanto em aspectos de conteúdo quanto de forma. Este artigo descreve as apostas pela crônica que fazem esses aprendizes a partir de uma pré-seleção de 300 narrações, de um total de 700, de 35 jornais e revistas, impressos e digitais, além de uma seleção final, convertida numa antologia, *Aprendiz de cronista*, de 105 crônicas publicadas entre outubro de 1999 e novembro de 2013. Ainda, apresenta os temas recorrentes entre os jovens repórteres, tais como: crime, narcotráfico, migrações forçadas, vida urbana, marginalidade, prostituição, quadrilhas, música, entretenimento e esporte, trabalhos extras, isto é, resplendores e misérias individuais e sociais de cada dia.

## Palavras-chave

Jornalismo, universidade, aprendiz, crônicas, reportagens (Fonte: Tesouro da Unesco).

(...) la crónica se levanta para ofrecer el testimonio del desasosiego latinoamericano.  
Rossana Reguillo. "Textos fronterizos. La crónica: una escritura a la intemperie"

## “Cronicar” para salvar

El 19 de marzo de 1922, en sus “Gotas de Tinta” del periódico *El Espectador*, Luis Tejada<sup>3</sup> destacó que el mejor cronista era quien sabía encontrar siempre algo de maravilloso en lo cotidiano, podía hacer trascendente lo efímero y lograba poner la mayor cantidad de eternidad en cada minuto que pasara (2008: 279). Aunque el “Príncipe” de los cronistas colombianos vivió apenas 26 años, al enfrentarse con su pluma contra el poder titánico del tiempo, en cada uno de los breves artículos de corte literario y ensayo que publicó se perpetuaron tanto su nombre como la reflexión cotidiana del mundo que tuvo cerca de sus ojos.

“Me gusta la palabra crónica –atestigua hoy el escritor argentino Martín Caparrós– Me gusta, para empezar, que en la palabra crónica aceche cronos, el tiempo”. Y a renglón seguido señala que siempre que alguien escribe, escribe sobre el tiempo, “pero la crónica (muy en particular) es un intento siempre fracasado de atrapar el tiempo en que uno vive”. Sin embargo, su fracaso, considera, “es una garantía: permite intentarlo una y otra vez, y fracasar e intentarlo de nuevo, y otra vez” (2012: 608).

Los cronistas con estirpe tienen claro que su reto es presentar una imagen de su época y por eso buscan plasmar los acontecimientos y los actores de sus historias sin coartar ninguno de los recursos que la escritura creativa les pueda ofrecer. Y lo hacen –de acuerdo con las sesudas analogías del escritor mexicano Juan Villoro– con “una pasión equivalente a la de los taxidermistas que saben preservar bestias como si estuvieran vivas” (Escobar & Rivera, 2006: 263). Además los cronistas, “como los grandes intérpretes del jazz, improvisan la eternidad”, puesto que “fijar lo fugitivo” es su tarea (Villoro, 2005: 14).

En la perspectiva de su evidente pretensión de perdurabilidad, y a juzgar por su devenir histórico, la crónica –incluida, claro está, en su expresión

---

3 Luis Tejada Cano (1898, Barbosa, Antioquia – 1924, Girardot, Cundinamarca).

como periodismo narrativo de tipo reportaje, que es la forma más notable en la que ha reverdecido en su versión latinoamericana— es la gran urna en la que se aloja la memoria de la humanidad que ha sido narrada. Y sigue siendo en su esencia tiempo; tiempo relatado y tiempo que se intenta recobrar. La palabra *crónica* contiene el tiempo en sus propias sílabas (procede del griego *kronos*). En términos proustianos, los cronistas van siempre en busca del tiempo perdido, cual Ícaro que, imprudente, se expone al sol batiendo las alas que lleva soldadas a su cuerpo con cera fugaz.

No obstante, nuestro presente, determinado como está por la omnipresencia del teléfono y de las redes sociales, donde todos los ciudadanos hablan a la vez pariendo información estandarizada —en palabras del peruano Julio Villanueva Chang—, hace que la novedad siga “siendo la ilusión que producen las nuevas tecnologías y la intromisión en la intimidad, pero no una nueva visión del mundo”. Y, en este orden de ideas, para el reconocido cronista y editor de cronistas latinoamericanos:

(...) una de las mayores pobreza de la más frecuente prensa diaria —sumada a su prosa de boletín, a su retórica de eufemismos y a su necesidad de ventas y escándalo— continúa pareciendo un asunto metafísico: el tiempo. Lo *actual* es la moneda corriente, pero *tener tiempo* para entender qué está sucediendo sigue siendo la gran fortuna. La consigna de escribir una crónica es no traicionar la historia por la quincena (...) (2012: 584).

De modo que, enfrentado al tiempo y amparado en él, un cronista, entonces, debería —según la reflexión de la periodista chilena Marcela Aguilar— “rescatar lo que vale la pena y contarlo” con palabras que “debieran tener la fuerza de un conjuro y desplegarse sin envejecer”. Puesto que una buena crónica “se hace con los mismos materiales del periodismo diario y sin embargo tiene otras resonancias, se lee y se guarda de otra manera” (2010: 9).

Por lo tanto, quien escribe salva. Y quien escribe crónica, creemos que salva doblemente. Porque “no importa si eso que escribió queda guardado por años o siglos: en el momento en que alguien lo encuentre y lo lea, todo lo que está descrito allí revivirá” (Aguilar, 2010: 9).

He ahí varias de las circunstancias que tiene a su favor la crónica estudiantil universitaria colombiana, que en la actualidad investigan y escriben los estudiantes reporteros de los programas de Comunicación Social o Periodismo del país. La misma que están difundiendo en sus periódicos y revistas, impresos y digitales, que funcionan como laboratorios de práctica en un entorno de enseñanza constructivista, en el cual se reivindica el oficio de aprendices de periodismo bajo la tutela de profesores con experiencia profesional, quienes actúan como editores en el aula de clase apropiada como sala de redacción.

Esta crónica estudiantil universitaria –y se trata de una de nuestras hipótesis de investigación– lleva en su sangre el mismo factor Rh+ (erre hace positivo) de la narrativa periodística latinoamericana contemporánea de los denominados “nuevos cronistas de Indias”.<sup>4</sup> Y varios representantes colombianos en esta cofradía están dedicados también a la cátedra universitaria de periodismo y literatura, en pregrado y posgrado, entre ellos: María Jimena Duzán, Juanita León, Marta Ruiz, Alberto Salcedo Ramos, José Navia, Daniel Samper Opina, Armando Neira, José Luis Novoa, Óscar Escamilla, Mario Jursich, Camilo Jiménez Estrada y Nelson Fredy Padilla, en Bogotá, y Patricia Nieto y Alfonso Buitrago, en Medellín. Así mismo, algunos de ellos han brindado sus aportes como directores y editores en los periódicos y revistas donde se divulgan los trabajos de los aprendices de cronistas.

Muchos de estos, durante su estancia académica han recibido, a través de talleres, foros y coloquios –así como de la utilización en clase de las revistas y *blogs*<sup>5</sup> que divulgan la producción cronística latinoamericana–, las lecciones de Leila Guerriero, Alma Guillermoprieto, Martín Caparrós, Juan Pablo Meneses, Cristian Alarcón, Julio Villanueva Chang, Jon Lee

---

4 La designación de nuevos cronistas de Indias es acuñada y promovida por la Fundación Gabriel García Márquez para el Nuevo Periodismo Iberoamericano (Fnpi). El escritor nicaragüense Sergio Ramírez aprecia que el símil del nuevo cronista de Indias viene a ser Bernal Díaz del Castillo, “porque, soldado de la conquista, ya viejo en su retiro de Santiago de Guatemala, al leer la Historia de las Indias y conquista de México, de López de Gómara, encuentra que un clérigo que se quedó en su muelle comodidad de Valladolid le quiere contar su propia historia”. Y entonces, dice Ramírez, “nadie puede venirle con cuentos; no solo es testigo de vista. Es protagonista. Y se rebela poniéndose a escribir su Historia verdadera de la conquista de la Nueva España. Se empeña, así, en no faltar a la verdad. La crónica que cuenta hechos no puede ser mentirosa” (2012).

5 Una recopilación de los trabajos de la mayoría de estos cronistas se puede ver en el *blog* <http://cronicasperiodisticas.wordpress.com>. Varios de ellos también publican sus trabajos en *Cosecha Roja* (la Red de Periodistas Judiciales de Latinoamérica), sitio web coordinado por el cronista chileno Cristian Alarcón, y el cual se ubica en: <http://cosecharoja.org>.

Anderson, Sergio Ramírez y Jean Francois Fogel, quienes son lo que más veces han visitado Colombia y los recintos universitarios y de promoción de la lectura y la escritura.

Así que, de forma similar a lo que aparece en este espejo de cuerpo entero en el que se mira, el periodismo narrativo estudiantil universitario colombiano también se asombra con las situaciones extremas y las rarezas de los hombres, por pensamientos, palabras, acciones y omisiones ... Como advierte Darío Jaramillo Agudelo de la crónica latinoamericana actual, la crónica universitaria –en el caso colombiano, que es nuestro objeto de estudio– también da cuenta de “los guetos, las más extravagantes o inesperadas tribus urbanas, los ritos sociales –espectáculos, deportes, ceremonias religiosas–, las guerras, las cárceles, las putas, los más aberrantes delitos, las más fulgurantes estrellas” (2012: 40).

Sacar a flote la desigualdad, la anomalía, la anécdota, el melodrama y el disparate..., en fin, “hacer explícitas las más inesperadas formas de ser distinto dentro de una sociedad” (Jaramillo Agudelo, 2012: 40) hace parte de los buenos oficios cronísticos de los estudiantes reporteros.

Así pues que si la crónica fue el laboratorio de ensayo del “estilo” de los escritores modernistas –como señaló Susana Rotker en atribución al poeta nicaragüense Rubén Darío–, para los estudiantes reporteros la crónica viene a ser ahora el gimnasio donde se adiestran en la formación de una musculatura, de una sensibilidad y de una identificación propias como informadores que no solo tienen el reto de contar lo que pasa sino, ante todo, de brindar hallazgos y conocimientos sobre una sociedad mestiza y compleja como la naturaleza misma del género narrativo en el que se prueban, y el cual fue definido por Juan Villoro con un calificativo tan perspicaz como turbador: el ornitorrinco de la prosa.

## La crónica: una carta de triunfo

Ahora bien, la apuesta de los periódicos y revistas universitarios en Colombia por la crónica, criatura sorprendente –“el ornitorrinco de la prosa”–, antes que centrarse en el engorroso problema de definiciones y codificaciones

de clase, va directa a sustentar su aprovechamiento por parte de los estudiantes reporteros y narradores en formación, al considerar las ciudades –e incluso los poblados y los entornos campesinos– como un laboratorio de prácticas para dar distintas miradas sobre personas, acontecimientos, testimonios, versiones y anécdotas.

Para los directores, los editores y los reporteros del periodismo universitario aquí considerado, entonces, la crónica es su caballito de batalla, su carta de triunfo.

Veamos, por ejemplo:

El editorial de la edición 38 de la revista *Directo Bogotá* –de la Pontificia Universidad Javeriana–, con el título “Diez años con el ‘relatómetro’ puesto”, subraya que al mirar la revista en su conjunto sobresale la crónica como el género periodístico más cultivado para recoger el pasado y el presente. Y preconiza: “Nuestros aprendices de cronistas, hijos de una rica tradición en Bogotá, resurgen como microhistoriadores que renuevan las fórmulas narrativas y los temas tomados del paisaje urbano: no por pequeños y anodinos, menos fascinantes” (2012: 3).

Por su parte, en el manual de estilo de *El Giro* –de la Universidad Autónoma de Occidente, de Cali– se indica que el contenido del periódico se caracteriza por la profundidad en los temas abordados por medio de la investigación y el análisis de los hechos y las historias “mediante el uso de géneros periodísticos como el reportaje, la crónica y el informe especial que brindan mayores recursos tanto a la forma como al discurso para así lograr un periodismo más reflexivo” (Ayala Cardona: 2011: 11).

Para este manual, mediante la combinación de la narración y la descripción, “la crónica es el género que ‘secuestra’ los sentidos del lector y le comunica emocionalmente historias reales que le informan sobre situaciones y personajes de interés masivo” (Ayala Cardona: 2011: 41).

Ahora bien, con el regocijo que les produce a los editores, periodistas y lectores cumplir –lo cual es excepcional en el medio colombiano– más

de diez años de labor continua, en el editorial titulado “Cincuenta recorridos”, *De la Urbe* celebra sus “bodas de oro” –50 ediciones– y señala que “así como lo hace el *flaneur*”, el periódico ha hecho de la ciudad un espacio para ser leído, interpretado y entendido “con perfiles, crónicas, reportajes, entrevistas e imágenes” que la han hecho “visible” para los otros que “quieren entenderla por fuera de los *clichés* mediáticos”, y agrega que cada una de sus ediciones ha sido una suma de fragmentos, de miradas, momentos y procesos de lo que encierra para sus gestores la palabra *urbe*, “narrados con la capacidad que da el asombro, la curiosidad y la formación de laboratorio que reciben nuestros estudiantes y egresados de periodismo” (2010: 4).

En la “Presentación” del primer número de la revista *Ciudad Vaga* –de la Universidad del Valle– los profesores Patricia Alzate y Hernán Toro, en su posición de codirectores, indicaron que su apuesta capital “trata de percibir la realidad a través de la modalidad de escritura más rica que tiene el periodismo: el reportaje. Escribir reportaje y escribir sobre el reportaje” (2007: 6).

Su nombre, –*Ciudad Vaga*– destacan los codirectores, quiere ser la expresión de una “escritura que se moviliza transversal por la ciudad difusa, imprecisa, vaga”. Entonces, precisan, “descifrar la ciudad, leerla entre sus pliegues y filigranas, develar sus sentidos opacos: tales son los propósitos que se dibujan en el trasluz de su nombre” (2007: 7).

Y, así mismo, los profesores Alzate y Toro reconocen a sus principales colaboradores como a “jóvenes escritores en ciernes (pues la mayoría no supera los veinte años); una briosa brigada de reporteros pura sangre” que no desean otra cosa que narrar la realidad en que viven, “respondiendo, quizás sin saberlo, al pensamiento de Gabriel García Márquez: ‘el reportaje es otra manera de contar la vida’”, y concluyen que trátense de nuevo periodismo, de periodismo cultural, de periodismo investigativo, de periodismo de no ficción, de periodismo literario –llámese como se quiera el estilo en el que van a presentar su trabajo–, tratarán de “escribir experimentalmente sobre la realidad escamoteada con un estilo en el que predominen el rigor y la actitud crítica, el humor y la irreverencia, sin trampas con el lector, tratando de ser leales a nosotros mismos en la búsqueda del timbre de la

escritura de todos los jóvenes estudiantes que participan en este proyecto” (*Ciudad Vaga*, 2007: 7).

## Una vitrina de variedades

Al leer una preselección de 300 crónicas de por lo menos 700 publicadas en 35 periódicos y revistas,<sup>6</sup> impresos y digitales, y una selección de 105 crónicas publicadas en 25 de estos medios, escritas por los estudiantes universitarios de las carreras de Comunicación Social o Periodismo, entre octubre de 1999 y noviembre del 2013, llegamos a la conclusión de que es muy difícil enmarcarlas en una o dos grandes temáticas. Por el contrario, lo que encontramos es un gran popurrí que representa las decisiones personales que toma quien escribe, ligadas a sus maneras de ver el mundo y lo que quieren conocer de él. Sin embargo, la violencia y sus diferentes manifestaciones y actores aparecen como tema recurrente en las crónicas, y es por esto que se hablará de ella en específico unas líneas más adelante.

No obstante, bajo un criterio si se quiere caprichoso, ordenamos las crónicas de acuerdo con bloques temáticos porosos: de la persistente violencia o de la violencia crónica; de sucesos, oficios y memoria;

---

6 Entre los medios, impresos y digitales, que sirven como laboratorios de periodismo en los pregrados de Comunicación Social o Periodismo de Colombia, en el desarrollo de nuestra investigación hemos revisado distintas ediciones de los siguientes: los periódicos *De La Urbe* (Universidad de Antioquia), *Periódico 15* (Universidad Autónoma de Bucaramanga), *Página* (antes *Aula 347*, Universidad de Manizales), *Contexto* (Universidad Pontificia Bolivariana, de Medellín), *Plataforma* (Universidad Pontificia Bolivariana, de Bucaramanga), *Nuevo Milenio* (Corporación Universitaria Minuto de Dios, en Bogotá), *En Directo* (Universidad de la Sabana), *Paréntesis* y *Utópicos* (Universidad Santiago de Cali), *Co. Marca* (Universidad del Cauca, en Popayán), *Expreso Bogotá* (Fundación Universitaria Los Libertadores), *Pasa La Voz* (Pontificia Universidad Javeriana, de Cali), *Sextante* (Fundación Universitaria Luis Amigó, de Medellín), *El Comunicador* (Universidad Autónoma del Caribe, en Barranquilla), *El Punto* (Universidad del Norte, en Barranquilla), *Inay* (Universidad Sergio Arboleda, de Santa Marta), *Ventana U* (Universidad Cooperativa de Colombia, de Bogotá), *Una ciudad contada* (Universidad Cooperativa de Colombia, de Medellín), *Norte Urbano* (Corporación Universitaria Minuto de Dios, seccional Bello, Antioquia), el digital *Agenda Ciudadana* (Universidad de Boyacá, Tunja, en: <http://www.uniboyaca.edu.co/agendaciudadana>), el digital *Plaza Capital.co* (Universidad del Rosario, de Bogotá, en: <http://www.urosario.edu.co/Plaza-Capital>), y las revistas *Directo Bogotá* (Pontificia Universidad Javeriana, de Bogotá), *Cuadernos de Comunicación y Periodismo* (Universidad Lasallista, de Caldas, Antioquia), *Ex-Presión* (Universidad Católica Popular del Risaralda, en Pereira), *Ciudad Vaga* (Universidad del Valle, de Cali), *Visor* (Universidad Tecnológica de Bolívar, de Cartagena), *Entre-Nos-Otros* (Universidad de Ibagué), *El Taller, la crónica de la Tadeo* y *El Taller digital* (Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano, en: <http://www.utadeo.edu.co/comunidades/grupos/eltaller/htm/publicar.html>), *Altus en línea* (Universidad Sergio Arboleda, de Bogotá, en: <http://www.usergioarboleda.edu.co/altus/index.htm>), *UnPretexto* (Universidad de Boyacá, de Tunja, en: <http://www.uniboyaca.edu.co>), *vialterna* (Universidad del Quindío, en Armenia, en: [www.vialterna.net](http://www.vialterna.net)), *Papiro* (Institución Universitaria Politécnico Gran Colombiano, de Bogotá, en: <http://enfasisperiodismo.jimdo.com/>), *El Giro* (Universidad Autónoma de Occidente, en Cali, en: <http://periodismouao.blogspot.com/2012/06/periodico-el-giro-edicion-25-parte-1.html>), y *Bitácora* (Universidad Eafit, de Medellín, en: <http://bitacora.eafit.edu.co>).

de tendencias y arribismos; de testigos y testimonios; del rebusque de cada día; de anécdotas e ironías; de animales y hombres; de oídos y sonidos; de quién es quién; de tinta roja; de paisajes y naturalezas, y de del oficio de periodista. En ellos se detalla la marginalidad, la ciudad e inclusive el campo: rincones, plazas y entornos; inventario de personajes, retratos y semblanzas; sonidos y ritmos, el tabú convertido en cliché y un oficio que se autorretrata, referido a las historias sobre periodistas y fotógrafos. Aun así, muchas de las crónicas tienen más puntos de contacto que de separación y pueden hacer parte de varias temáticas; no obstante, la violencia es transversal a todas ellas.

## **Marginalidad**

Un tema recurrente en varias crónicas es el tratamiento de la marginalidad. En primer lugar, aparecen aquellos relatos sobre personas en situaciones precarias para los ojos del escritor: pobreza, marginación, drogadicción, delincuencia, habitantes de calle.

Frente a las historias de la precariedad, los cronistas en formación describen lo que ven, y es su mirada –por lo general acomodada pero no enjuiciadora– la que logra escenificar las situaciones que narra. Este es el caso de un joven estudiante que visita el barrio Bellavista en la periferia alta del sur de Bogotá. Sus descripciones y diálogos evidencian la escasez de una familia, de una comunidad, y sin embargo, a pesar del drama narrado, decide finalizar su crónica con una escena emocionante: “Una estampida de niños pasa corriendo junto a mí rumbo a la cuesta; los sigo con la vista, las nubes están bajas y ellos saltan retorciéndose en carcajadas y acariciando las nubes con las puntas de los dedos” (Andrae Blanco, 2007).

Por otro lado, existe un interés particular por los oficios del rebusque, las diversas maneras como muchos personajes buscan su sustento en el día a día, con trabajos difíciles y algunas veces curiosos, que requieren de la perseverancia de quien lucha por sobrevivir. Los oficios del rebusque son múltiples y diversos. Es así como se escriben textos sobre un Chaplin que reparte volantes en Cali (Rueda, 2012) o sobre los vendedores callejeros de frijoles en Medellín.

## Sonidos y ritmos

No muy alejadas de los oficios del rebusque, están las historias relacionadas con la música y sus diferentes géneros: un exparticipante del programa *Factor X* que baila en bares de salsa en Bogotá (Hernández, 2009), grupos de champeta en Cartagena que buscan cómo triunfar (Jácome, 2002), un rapero que canta en los buses en Medellín (Sandoval Escudero, 2011), serenateros y mariachis en sus noches más malas que buenas en Manizales (López Castrillón, 2001) o fiestas los domingos de tecnocumbia en Bucaramanga (Rozo, 2006). La música como una pasión, un sustento, un sueño y una identidad. Estas crónicas suenan con fragmentos de canciones y se mueven con los bailes que describen los escritores:

De esa bulla, primero masculina y después mujeril, que perturbaba los sueños nocturnos de los blancos, nació el movimiento cadencioso y libre que hizo de Puerto Escondido la cuna del bullerengue. Dividido en tres tipos básicos con diferencias de velocidad y baile, es bailado por una sola pareja a la vez, mientras las cantadoras se alinean y golpean las palmas detrás del tambor macho y el tambor hembra (García Vásquez, 2010).

## La ciudad y el campo

Ante todo, los cronistas universitarios viven y cuentan la urbe. Bajo la tarea de encontrar un tema, recorren sus ciudades con ojos atentos, descubren y redescubren esquinas, parques y negocios. La urbe en su más pura cotidianidad es el interés de los periodistas en formación: carnicerías, galerías de mercado, bares y tabernas, teatros y cementerios, bulevares y parques. Lo que no es noticia pero sí es historia. Los centros de las ciudades son el foco de atención principal, calles efervescentes de personas, negocios, automóviles, buses y sistemas de transporte masivo como el metro, el Metroplús, el Metrocable y el Transmilenio.

Evidenciar los contrastes también parece ser tarea de los cronistas estudiantiles universitarios. Los contrastes que conviven diariamente en toda gran ciudad: el esplendor y la escasez. El enfoque de la mayoría de los textos parte desde la mirada de la ciudad que busca sobrevivir a los días. Por ejemplo, el fragmento de la siguiente crónica habla de la ciudad caribeña de Cartagena y los ciudadanos que no hacen parte de la visita turística:

Atrás, a pocos minutos de allí, los barrios se cubrían de luces ¡Era injusto!, pensó. A ellos les tocaba dormir sin luz, en una noche más oscura que cualquier otra. Pareciese que las noches sin electricidad fuesen eternas. Justo en la penumbra de la puerta, Ana se encontró con su mamá, doña Milena. Ambas se miraron, reconociéndose en la oscuridad. Mientras la otra ciudad, la moderna, se vestía de luces, ellas debían adivinar sus formas entre las sombras (Márquez, 2010).

Por otro lado, también se hace presente el interés sobre la ciudad y su pasado, presentado usualmente como tiempos mejores. Se escriben crónicas con un halo de nostalgia sobre lugares de encuentro antes esplendorosos para la ciudad, negocios como barberías tradicionales (Londoño, 2002), venta y arreglo de sombreros (Villegas, 2002) o grandes teatros como el Teatro San Fernando de Cali, convertido en centro religioso (Martínez, 2007).

Otro enfoque de la ciudad son las historias sencillas que retratan la cotidianidad llena de curiosidades y las idiosincrasias que se ven reflejadas en ellas. Por ejemplo, el alboroto y las conjeturas que causa una rareza en el parque del barrio La Milagrosa en Medellín: una pequeña caseta en la que con pagar mil pesos los adultos y quinientos los niños podían ver a la araña humana. El misterio se desvela después de un fuerte aguacero: “Entonces soltamos la carcajada. Le gritamos: ‘¡Enano marica, por fin! ¡En este mundo no hay nada oculto! ¡Al final todo se sabe!’”, recordó sonriendo Ricardo. Al verse descubierto el pobre enano corrió sin importarle el aguacero (...)” (Cardona Márquez, 2002).

Pero también los cronistas universitarios salen al campo y se adentran en él; transitan por sus caminos, veredas, montañas y sabanas inventariando, aquí, el milagro de la naturaleza reverdecida, y allá, el paso feroz del rancharo codicioso que busca su Dorado en el agujero, la quebrada y el río, detrás del oro; en el piedemonte y hasta en la cima de la montaña, detrás del leño duradero y compacto.

## **Inventario de personajes**

Un estilo de la crónica muy utilizado es el perfil –también identificado por editores y periodistas en Colombia como retrato o semblanza–, un relato que gira sobre la vida de un personaje y que busca, a partir de entrevistas con el “perfilado”, con quienes lo rodean y con el acopio de información documen-

tal, responder a las preguntas ¿quién es quién? y ¿cómo es quién? En el caso de las crónicas universitarias, el personaje no necesariamente debe ser famoso o relevante para la vida pública de una sociedad. Por el contrario, puede ser cualquier persona, alguien con características físicas y psicológicas particulares o con vidas trajinadas por muchos caminos; en todo caso, se trata de historias dignas de ser reveladas. Curiosamente hallamos varias crónicas sobre los oficios de personas invidentes: un carnicero (Londoño, 2010), un alemán que hace juguetes (Cuartas Peña, 2010) y un estudiante músico (Suárez Restrepo, 2013). O el testimonio de un poeta que se volvió escolta de seguridad o un escolta de seguridad que era poeta, según quien lea.

De la misma manera como narran los detalles y sinsabores de la vida del ciudadano común, los aprendices de cronistas también escriben sobre personas que han sido importantes para la vida pública: políticos, deportistas, periodistas, artistas, etc. Las conmemoraciones sirven como excusa para recordar e investigar la vida –y la muerte– de algunas personalidades. En la selección encontramos crónicas que recuerdan los 20 años del crimen de Bernardo Jaramillo Ossa, candidato a la presidencia por la Unión Patriótica en la década de los ochenta, o los 10 años del asesinato del famoso comediante y periodista Jaime Garzón: “La noticia aun no es noticia, los periódicos con el descontrolado olor a tinta llegan a su destino. Aída Luz Herrera, jefe de redacción de *Radionet*, abre los micrófonos y le da la noticia al país: ya no escucharán, nunca más, los chistes y críticas de Garzón, lo han asesinado” (Cristancho, 2009).

El reto para estas crónicas sobre personajes públicos es contarlas con un estilo y enfoque propio que se diferencie de otros textos que ya han hablado sobre ellos. También, es posible que quienes escriben no hayan vivido la época gloriosa de quienes entrevistaron, y es a través de las historias que re-conocen su importancia.

### **Lo tabú: el cliché**

Suele ser muy recurrente que los estudiantes en formación periodística escojan como primera opción para sus ejercicios de reportería aquellos temas que consideran tabú para la sociedad en general, o para ellos mismos: el sexo, la prostitución, las drogas, la brujería, las diversidades sexuales, incluso la locura. Por eso es posible encontrar numerosas crónicas

sobre estos contenidos en los periódicos universitarios, lo que los convierte, más que en temas tabú, en temas cliché o clásicos para estos soportes. Bajo el ejercicio periodístico el estudiante tiene la oportunidad de conocer los asuntos y a los individuos que le causan curiosidad por el hecho de ser censurados por algunos sectores de la sociedad. Entonces escriben crónicas, por ejemplo, sobre una líder transgénero del barrio Santa Fe en Bogotá (Piñeros, 2010), un hombre que vende caldo de gallinazo para curar el cáncer en Palmira (Cuadros, 2008) o testimonios sobre la prostitución masculina en Manizales (Mejía, 2003).

## **Retrato y autorretrato periodísticos**

Más que cualquier medio de comunicación masivo, el periodismo universitario reflexiona sobre el oficio del periodista, lo reivindica, lo perfila. Los periodistas son imagen, espejo a seguir. Es por esto que surgen crónicas que no solo resaltan a un personaje en su trabajo, sino también los peligros y amenazas que tiene esta labor en Colombia, o casos particulares como la experiencia de Carmen Rosa Pabón, periodista en los Llanos Orientales (Rueda, 2009).

Sin embargo, como se puede apreciar en esta vitrina de variedades temáticas, los autores de la narrativa periodística estudiantil universitaria en Colombia, al igual que la mayor parte de los escritores de crónica latinoamericana actual –en los cuales, como hemos dicho, están sus principales modelos y estímulos–, tienen una asignatura pendiente: husmear en la vida de los poderosos de todas las raleas y contar sus historias de amor y de odio, de éxito y fracaso, sus pequeñas y sus grandes miserias.

El colombiano Alberto Salcedo Ramos, a la hora de autocriticarse, coincide con otros de sus colegas latinoamericanos en que su trabajo tiene muy centrada la mirada en la miseria, la derrota, la extravagancia, la extrañeza y la violencia endémica de los países de la región, en donde la mayoría de sus víctimas son también las personas desfavorecidas.

Acepta que él como cronista escribe sobre seres derrotados, mientras los directores de los grandes periódicos casi siempre escriben sus editoriales sobre los triunfadores. “A mí me preguntan –destaca– por qué escribo sobre derrotados, pero a ellos nadie les pregunta por qué solo escriben so-

bre triunfadores. Las historias de perdedores, pienso, muestran los conflictos esenciales del ser humano” (Cea, 2010: 203-204).

Para el argentino Martín Caparrós, la crónica, en principio, sirve para “descentrar el foco periodístico”, toda vez que el periodismo de actualidad –de carácter informativo– mira al poder. Y aprecia que: “La crónica es una forma de pararse frente a la información y su política del mundo: una manera de decir que el mundo también puede ser otro. La crónica es política” (2012: 610).

Entre tanto, Jaramillo Agudelo resalta que la crónica que se está escribiendo en esta parte del mundo es “la agente del mito popular, de la nueva estética *kitsch*, de lo cursi, lo extravagante, lo envidiado”. Pues la crónica lo acepta como mito y ayuda a su mitificación. Pero también la crónica –observa el antologista– “es el altavoz de la víctima. A la crónica le fascina la víctima. Y el espacio prohibido, gueto o secta, cárcel o frontera caliente. El momento del despelote, por terremoto o lluvia, por represión o mera y patética violencia para poder sobrevivir” (2012: 45).

## La violencia crónica

Si bien hemos hecho una clasificación temática un tanto caprichosa, para ordenar la selección de las crónicas que hacen parte de la antología *Aprendiz de cronista*,<sup>7</sup> notamos, en efecto, cómo el tema de la violencia y sus expresiones, actores y sucesos es transversal, como si salpicara con su tinta roja todas las otras categorías temáticas.

En un país como Colombia, con más de cinco décadas de conflicto armado con fuerte impacto en los ámbitos rurales –al que se suma la violencia generalizada, endémica, crónica, que sucede en las ciudades–, la violencia y sus manifestaciones es un tema que les es imposible soslayar a los estudiantes reporteros. Más que una temática que reitera en el horror, manifiesta un propósito claro de dar a conocer casos concretos que materialicen esa violencia, abstracta para muchos, a través de historias de personas y de pueblos que la han vivido en carne y hueso. Un ejercicio de construcción de memoria de país.

---

7 Organizada en formato para libro e inédita a la fecha.

Los actores que producen la violencia que más ha desangrado a Colombia están presentes en la selección: guerrilleros, paramilitares, las fuerzas armadas del Estado y las pandillas. De esta manera, encontramos crónicas sobre acontecimientos concretos que cambiaron el rumbo de un pueblo: una toma guerrillera en Granada, Antioquia (Casas, 2010); un carro bomba en el corregimiento de Arboleda, Caldas (Tamayo, 2000); una masacre en el corregimiento El Salado, Carmen de Bolívar, Bolívar (Espitia & Segura, 2011); como también hechos paulatinos que se instauraron en la cotidianidad de una población: mujeres jóvenes ennoviadas con los nuevos *duros* del pueblo en San Carlos, Antioquia (Bedoya, 2008), o desapariciones forzadas y continuas en Medellín (Regifo, 2008), entre otros hechos. Tanto las comunidades y los individuos de las zonas rurales como de las áreas urbanas son víctimas de la violencia y objeto de las crónicas de los periodistas en formación.

Aunque los medios de comunicación hegemónicos informan sobre la violencia, esta no suele trascender más allá del dato noticioso, de una imagen anónima o una víctima desconsolada por unos segundos frente a la cámara. En ellos su tratamiento corresponde a la forma que en Latinoamérica es más conocida como nota roja –pero que también indistintamente se nombra como crónica roja, policial, judicial o de sucesos–. Este tipo de relatos se refieren a hechos violentos o sangrientos causados por personas comunes, lo que llama la atención a los lectores, pues quienes protagonizan estas historias podrían ser sus vecinos, compañeros o familiares (Correa, 2011).

Pero la prosa cronística humaniza la noticia, les da un rostro a las historias y las presenta ubicándolas en un tiempo y en un territorio claramente definidos. Así que, a veces, para retratar la violencia basta la crudeza de una descripción sencilla y detallada de una situación. Sin recurrir a la reflexión rimbombante, el cronista le entrega al lector un instante a través de sus palabras:

Cuando Abel llegó, la niña estaba en un rincón de la casa, sobre las piernas de su madre. Parecía dormida. Un hilo de sangre le salía del pecho. Ningún organismo del gobierno estaba presente. Ningún medio de comunicación. No había personal ni vehículos de salud. Una

bala que le atravesó el corazón bastó para acabar con su sueño de ser guarda indígena (Escobar Roldán, 2001).

Y otras veces, la reconstrucción de los hechos cruentos escena por escena no solo da cuenta de las pesquisas del reportero para esclarecer cómo ocurrieron, sino que al hacerlo termina por dramatizarlos hasta el punto de estremecer al lector.

Tenemos, entonces, que la reconstrucción, la escenificación, la dramatización, la personificación y el acercamiento, es decir, la relocalización narrativa de los hechos de violencia, fortalecen el contenido y la forma de la nota roja, la cual de esta manera –además del contacto audaz de los jóvenes reporteros con las víctimas y los victimarios de las tragedias que se proponen registrar– adquiere la holgura y el aliento de la crónica de reportaje.

## Un laboratorio de reportería y narración

Una lectura atenta de las crónicas permite examinar cuáles fueron los métodos de reportería empleados por los escritores. Sobre todo, prima la entrevista como la herramienta principal para obtener información de las personas. Acuden a distintas fuentes de información testimonial y documental para construir un intercambio de opiniones y versiones en sus historias, como lo demandan los cánones del periodismo comprometido.

En la mayoría de estas historias sus autores recurrieron a un trabajo paciente de inmersión, en donde se sumergen en las vidas de los protagonistas de sus historias. El cronista universitario saca –o tiene– el tiempo para vivir los hechos, acercarse a la gente, visitar varias veces un lugar. Acompaña a sus personajes en sus jornadas laborales, recorre calles y lugares escuchando sus testimonios y sus anécdotas, observándolos en su ambiente natural.

Inclusive varios de los periodistas en formación se arriesgan con prácticas de obtención de información a través de la suplantación de personas o del periodismo gonzo,<sup>8</sup> pues para estos jóvenes reporteros el periodismo

---

8 El término *gonzo* está muy asociado con el estilo de los reportajes del norteamericano Hunter Stockton Thompson y muchos lo atribuyen al propio Thompson. En el periodismo gonzo –en la perspectiva de los trabajos que hoy hacen

es una aventura que conlleva el riesgo personal en diversas actuaciones temerarias. Por ejemplo, uno de ellos nos informa al comienzo de su crónica: “El sábado 22 de enero decidí travestirme y así pasar entre los travestis de San Diego. El recorrido visual fue otro, totalmente distinto al del tres de enero. Noté que la concepción de travesti es más compleja que la de un hombre vestido de mujer, como había dicho ‘Angélica’” (Álvarez, 2005).

También, muchos reporteros deciden viajar a los lugares de los hechos, recorren esquinas y recovecos con los ojos puestos en los detalles. La atenta observación es una característica esencial, pues luego en sus textos recrean las escenas que experimentaron en su momento: colores, sonidos, sabores y olores.

Por otro lado, reconocen la importancia de nutrir sus crónicas con la búsqueda de documentación de los temas que tratan: informes de oficinas públicas u organizaciones no gubernamentales, noticias, documentos legales, archivos de prensa, enciclopedias, fotografías, videos, grabaciones, textos académicos, datos estadísticos e históricos, entre otros.

No solo es posible percibir la subjetividad de quien escribe por sus descripciones y apreciaciones, en diversos casos los cronistas en formación son el personaje principal del relato, la voz del narrador en primera persona cuenta las experiencias vividas durante la reportería.

La crónica en su misma condición formal es sensacionalista, llama la atención, genera emociones en el lector. La crónica es sumamente emotiva y por eso en sus mejores piezas se nota el esfuerzo del narrador por captar y por dramatizar la vida misma, para lo cual necesita tener un conocimiento y una destreza de la técnica narrativa. Debe tener talento y oficio, pues sin este no hay talento que valga. Las descripciones, por ejemplo, las construye con especial cuidado cuando busca escenificar un espacio o una situación. Lo que captan los sentidos y los detalles hace parte fundamental en el momento de encuadrar un instante.

En las crónicas leídas para esta investigación y para la antología, la utilización de diálogos es un recurrente recurso para caracterizar a los per-

---

parte de la obra de Thompson (2012)– el autor se convierte en protagonista y catalizador de las acciones de sus crónicas.

sonajes; estos se reflejan reales cuando se les pone a hablar a través de sus expresiones, ritmos y equivocaciones. Es así como, en varios casos, los cronistas deciden dejar hablar a sus personajes con sus palabras, su lenguaje propio y la estructura de su narrativa coloquial: “Era el esposo de ella que estaba lleno de rabia por un problema que tuvieron, y como no se fijó que yo iba pasando también me dio machete ‘ventiao’. Yo salí corriendo. Entonces un taxista me agarró y me llevó a Policlínica. La parte de atrás de la cabeza la tenía abierta” (Botero, 2001).

Del mismo modo, la decisión de narrar un fragmento de la crónica por medio de un diálogo específico ubica al lector desprevenido como observador silente de una escena. Esto lo podemos encontrar en esta crónica sobre un caso de los “falsos positivos”, aquellos ciudadanos asesinados por el ejército nacional y luego presentados como guerrilleros muertos en combate:

Faír Leonardo había desaparecido el 8 de enero de 2008 y según el reporte judicial fue ejecutado el 12 de enero de ese mismo año, a las 2:00 de la tarde, en Ocaña.

—¿Usted, cómo me va a decir que mi hijo es un guerrillero?

—Su hijo atacó al Ejército y tenía un arma maniobrada con la mano derecha.

Por enésima vez, el dolor que produce la mentira. Faír que recibió educación especial durante toda su vida, que además era zurdo y no podía manejar un arma de fuego porque su discapacidad se lo impedía, era acusado de haber librado un enfrentamiento con el Ejército colombiano.

—Mi hijo no era guerrillero —repitió Luz Marina.

—El Ejército ejecutó a su hijo en un enfrentamiento porque él es el líder de una organización narcoterrorista.

En ese momento Luz Marina, quien después se convertiría en líder y activista, juró que no descansaría hasta limpiar el nombre de su hijo. Las demás madres pasaron por lo mismo. Parecía un libreto aprendido (Cabana & Gómez, 2010).

Igualmente, una característica en la mayoría de los aprendices de cronistas es iniciar y finalizar sus crónicas con escenas impactantes. De esta manera, cautivan al lector desprevenido cuando comienza a leer y lo invitan a continuar, como también, se despiden de él de forma contundente para que la crónica no sea fácilmente olvidada. Por ejemplo, en la historia sobre César Pérez García, un político vinculado con la masacre ocurrida en Segovia, Antioquia, en 1988, el cronista finaliza su texto con una sentencia:

A pesar de las patadas de ahogado de la defensa del ex congresista para apelar la Sentencia, la decisión ya está tomada. Por su formación como abogado, el mismo Cesar Pérez García debe saber que la Corte Suprema es la última instancia de jurisdicción ordinaria y sus decisiones son inexpugnables. A este rey que la UP puso en jaque hace casi 25 años en el ajedrez político del Nordeste antioqueño, por fin le dieron mate (Castro, 2013).

Los periodistas en formación encuentran en la crónica un espacio para la experimentación narrativa. A partir de un viaje en un transporte público, una cronista habla con su compañera de puesto acompañada por un bebé adoptado, de allí, inicia la historia sobre el abandono de niños, la adopción y la violencia intrafamiliar en la ciudad de Floridablanca, Santander (Perdomo, 2011). O narra tres historias distintas sobre el pasado de un joven del cual se desconoce su identidad y que sufrió una lesión en la cabeza que afectó su memoria, para luego reconstruir con fragmentos de estas versiones su identidad (Jaramillo, 2010).

Y, a propósito de la experimentación narrativa, una de las que más se nota en la escritura de los cronistas universitarios –y que es una lección que toman al pie de la letra de sus maestros latinoamericanos contemporáneos– es el uso decidido del punto de vista en primera persona.

Se trata, ni más ni menos, de un punto de vista independiente y original del cronista-reportero contemporáneo, el cual implica que su temperamento, su ideología y su mirada personal del mundo se reflejan en su trabajo narrativo sin ninguna clase de inhibición. Y esa marcada individualidad del autor que se nota en muchas crónicas es, a nuestro modo de ver, la única forma de “objetividad” posible en el periodismo. Es decir que, paradójicamente, mientras más evidente sea la presencia del periodista en la crónica, informando y conceptuando, más claro, honesto, creíble y universal será su mensaje para el lector.

“La crónica, además, es el periodismo que sí dice yo. Que dice existo, estoy, yo no te engaño”, destaca Caparrós (2012: 610). Por supuesto, advierte sobre “la diferencia extrema entre escribir *en* primera persona y escribir *sobre* la primera persona” (2012: 611). Señala el peligro que conlleva el mal uso de la primera persona, es decir el abuso de esta que, aparte de la pedan-

tería que puede llegar a connotar, pasa a ser ya no una manera de abordar la historia sino a convertirse en la historia.

Igualmente, podemos aseverar que las crónicas leídas para esta investigación buscan equilibrar los dos componentes más importantes que la “especie” tiene en la actualidad: la reportería periodística y el esfuerzo puesto en el trabajo narrativo. Es así como encontramos crónicas planeadas, llenas de datos e información, pero también narradas de manera que buscan captar la atención del lector y cautivarlo hasta el final de sus líneas.

Por otro lado, la mayoría de las crónicas tienen vigencia periodística e histórica, pues retratan a un país, Colombia, en toda su diversidad: desde la violencia más cruda e imparable hasta los personajes que continúan sonriendo a pesar de sus adversidades.

Tenemos entonces que las crónicas investigadas y escritas por los reporteros universitarios están llenas de hechos, de historias enmarcadas en un tiempo y espacio específicos, acompañadas por datos y documentación que las enraíza en la narrativa de no ficción, y sin embargo son relatadas con el tono y estilo de cada escritor, poniéndoles especial cuidado a las descripciones de las escenas, con el uso de metáforas y analogías, y el énfasis puesto en los sentidos. Y todas ellas caracterizan personajes principales y secundarios cuando hablan y cuentan sus historias, los cuales son el reflejo de numerosas experiencias de vida similares que ocurren en el país.

En todo caso, se trata de una selección de crónicas en las cuales el lector –estamos seguros– va a encontrarse con la vida de la gente sin afeites... con la vida de la gente que, en palabras de Alice Munro, premio nobel de literatura en 2013, “es suficientemente interesante si tú consigues captarla tal cual es, monótona, sencilla, increíble, insondable”.

## Traducir el caos a través de una historia

“Profundidad en la mirada y originalidad en la voz” son, para Salcedo Ramos, las dos virtudes primordiales que debe tener un buen cronista, toda vez que “quien sabe mirar, elige ángulos novedosos que los demás no ven. Quien tiene una voz narrativa sólida, sabe seducir con el relato”.

Pero, indica, “obviamente la mirada y la voz del cronista deben sustentarse en un riguroso trabajo de investigación” (2010: 211-212).

Ahora bien, responder por el cómo y por el porqué de los acontecimientos y de las historias ha sido el reto principal de los cronistas tanto profesionales como *amateurs*. Mostrar antes que solamente enunciar. Entonces, con la intención de revelar una imagen del mundo y de “su mundo”, para el cronista es tan importante la mirada como la perspectiva de esta. Por eso, aunque se aferra a la exactitud, no transcribe la realidad sino que construye una versión de ella basándose en su mirada y en las ventajas que le ofrezca el balcón que escogió para divisar. El cronista –señala Earle Herrera– no toma, como el historiador, distancia de lo que narra. “Por el contrario, está inmerso en su propia relación, y cuenta desde adentro lo que vio y oyó” (1991: 22).

El cronista –igual que para mirar– aprovecha las herramientas del periodismo, antes que para oír,<sup>9</sup> para escuchar<sup>10</sup> de cerca, ya que le interesa no solo lo que dice la gente sino cómo lo dice. Así, llegará a ser capaz de discernir los sonidos, bien sea de la algarabía o del silencio. Y, por ejemplo, logra mirar y hacer que el lector mire, escuchar y hacer que el lector escuche; aislar sus impresiones y expresarlas, interpretarlas con la fuerza con la que se originan en la mente y fluyen de la propia voz del cronista; en el *rap* de un reportero-cronista universitario:

Todo el día, de sol a sol, se la pasan de la plaza de los alucinógenos a la placa polideportiva, pues desertaron del colegio porque los aburrí tener que ir uniformados y hacer tareas. Además vieron que los grandes, vestidos con ropa cara y cadenas de oro que cuelgan en sus pechos de felpa, consiguieron plata sin estudiar. Así son muchos en el barrio.

*Camino y en mi rostro no hay sonrisas  
Solo hay rastro de una identidad perdida  
Que trata de cuidar sus pasos  
Y no hacer de ella un caos que me lleve al fracaso  
O al ocaso de mi existencia  
Que me sentencia a vivir  
En la demencia de una teocéntrica creencia  
Pura mierda (Higuita, 2007).*

9 Oír, en su primera acepción de la Real Academia Española, es “percibir con el oído los sonidos”.

10 Escuchar, en su primera acepción de la Real Academia Española, es “prestar atención a lo que se oye”.

Luis Tejada, de quien hicimos referencia al comienzo de este artículo, también dijo que “El mejor periodista no es el más sabio sino el más intuitivo; (...) no es el que escribe mejor sino el que mejor sabe hacer escribir (...); no es el más honrado, ni el más sincero, sino el que es capaz de hacer decir al mayor número de gentes: ¡eso es lo que yo pensaba!”. Y el mejor novelista, señaló, “es el que amalgama en su trama lo inverosímil dentro de lo posible, lo fantástico dentro de lo real. Porque así va recto al corazón del hombre, eternamente iluso, heroico y ansioso de realidades enormes” (2008: 279).

¿Será que entonces, en este orden de ideas expresadas por el “Príncipe” de los cronistas colombianos, la unión de las cualidades del mejor periodista y las del mejor novelista conforman las del mejor cronista; es decir, de aquel narrador que con el vigor y la pericia de su mirada y de su escritura “puede hacer trascendente lo efímero; el que logra poner mayor cantidad de eternidad en cada minuto que pasa” (2008: 279)?

Tejada, “en tiempos de sospecha y de cinismo” como el actual –dice Julio Villanueva Chang–, sigue teniendo la intuición respecto a los cronistas y a los periodistas que más necesitamos. Pero agrega que:

(...) hoy el reto de un cronista es la inmersión y el conocimiento de una comunidad de gente, y, en consecuencia, una frecuente cita con el escepticismo, la incertidumbre y la perplejidad: “O ya no entiendo lo que está pasando o ya no pasa lo que estaba entendiendo”, dijo Carlos Monsiváis. Un cronista tiene el reto de narrar “lo glocal” y de traducir el caos a través de una historia (2012: 605, 606).

Una cita con la incertidumbre y la perplejidad es, justamente, lo que produce el caos colombiano que ha sido traducido en historias por esta “briosa brigada de reporteros purasangre”,<sup>11</sup> por estos hijos y nietos de los nuevos cronistas de Indias –con una marcada autoría femenina– a quienes hemos seleccionado como autores de los relatos de la antología *Aprendiz de cronista*. Relatos que publicaron primero en los periódicos y revistas de sus universidades cuando, como aprendices de cronistas, el periodismo era para ellos una fiesta.

---

11 Como se les llamó en el editorial de la revista *Ciudad Vaga*, de la Universidad del Valle, en su primera edición de mayo del 2007.

## Referencias

- Agudelo Jaramillo, D. (2012). Collage sobre la crónica latinoamericana del siglo veintiuno. En Agudelo Jaramillo, D. (Ed.), *Antología de crónica latinoamericana actual* (11-47). Bogotá: Alfaguara.
- Aguilar, M. (2010). Prólogo. En Aguilar, M. (Ed.), *Domadores de historias* (9-11). Santiago de Chile: Ediciones Universidad Finis Terrae y Ril editores.
- Álvarez, J. B. (2005). Travestis detrás del velo. *De la Urbe*, 27, abril.
- Andrade Blanco, J. (2007). En Bellavista los niños juegan a coger las nubes. *Directo Bogotá*, 17, abril/junio.
- Bedoya, A. M. (2008). A la memoria de Maryori. *De la Urbe*, 42, diciembre.
- Botero, M. (2001). Rosa Murillo: “la historia mía es muy dura”. *De la Urbe*, 8, febrero.
- Cabana, K. & Gómez, J. (2010). Un pañuelo blanco. *Directo Bogotá*, 30, julio/septiembre.
- Canal Cultura (2013). Libros y frases imperdibles de Alice Munro. Recuperado de <http://canalcultura.org/2013/10/11/libros-y-frases-imperdibles-de-alice-munro-nobel-literatura-2013/> (Fecha de consulta: febrero 4 de 2014).
- Caparrós, M. (2012). Por la crónica. En Jaramillo Agudelo, D. (Ed.), *Antología de crónica latinoamericana actual* (607-612). Bogotá: Alfaguara.
- Cardona Márquez, J. D. (2002). El spiderman paisa. *De la Urbe*, 16, noviembre.
- Casas, V. (2010). La navidad de los gatos. *De la Urbe*, 50, diciembre.
- Castro, S. (2013). César Pérez, el político detrás de la Masacre de Segovia. *De la Urbe*, 65, septiembre.

- Cea, R. (2010). Alberto Salcedo Ramos: acento caribeño. En Aguilar, M. (Ed.), *Domadores de historias* (201-212). Santiago de Chile: Ediciones Universidad Finis Terrae y Ril Editores.
- Correa, C. M. (2011). *La crónica reina sin corona: periodismo y literatura, fecundaciones mutuas*. Medellín: Fondo Editorial Universidad Eafit.
- Cristancho, F. (2009). Asesinato de Jaime garzón: 10 años de impunidad. Memorias de risa y tragedia. *Ex-presión*, agosto/septiembre.
- Cuadros, C. (2008). Cuando los gallinazos no vuelan. *Ciudad Vaga*, 4, noviembre.
- Cuartas Peña, A. M. (2010). Horst Damme: Geppetto de carne y hueso. *Altus en Línea*, 5(1), enero-febrero.
- Escobar, F. y Rivera, E. (Eds.) (2006). *Crónicas latinoamericanas: periodismo al límite* (263). México: Ediko.
- Escobar Roldán, M. (2011). Voces en vez de balas. *En Directo*, 60, octubre.
- Espitia, J. & Segura, N. (2011). El declive de El Salado. *Nuevo Milenio*, 24.
- García Vásquez, L. (2010). ¡Bulle bullerengue! *De la Urbe*, 47, julio.
- Guerriero, L. (2012). Sobre algunas mentiras del periodismo. En Jaramillo Agudelo, D. (Ed.), *Antología de crónica latinoamericana actual* (616-626). Bogotá: Alfaguara.
- Hernández, M. A. (2009). Adam Salsa, son de Tumaco pa' Bogotá. *Directo Bogotá*, 27.
- Herrera, E. (1991). *La magia de la crónica*. Caracas: Fondo Editorial de Humanidades y Educación, Universidad Central de Venezuela.
- Higuita, S. (2007). A solas con el hip hop. *De La Urbe*, 38, diciembre.
- Jácome, (2002). Champeta, el ritmo de la esperanza. *Periódico 15*(8), 1-15 de septiembre.

- Jaramillo, E. (2010). Los tres pasados de Johan. *Directo Bogotá*, 30, julio/septiembre.
- Londoño, J. (2002). La barbería tradicional en Bogotá: “Sobrevivimos hasta a los hippies”. *Directo Bogotá*, 1, octubre/diciembre.
- Londoño, J. (2010). Jimy no ve pero tampoco es ciego. *Contexto*, 25, septiembre.
- López Castrillón, D. J. (2001). La bahía y sus músicos. *Aula 347*, 35, febrero.
- Márquez, J. C. (2010). Historias de una noche. *Visor*, 3, junio.
- Martínez, J. C. (2007). El viaje del último rey. *Ciudad Vaga*, 1, mayo.
- Mejía, S. (2003). Puntos suspensivos. *Página*, 62, 24 de julio al 5 de agosto.
- Perdomo, A. F. (2011). El pasajero valiente. *Plataforma*, 32, octubre-noviembre.
- Piñeros, C. (2010). La líder transgenerista del barrio Santa Fe. *Directo Bogotá*, 28, enero/marzo.
- Ramírez, S. (2012). Los nuevos cronistas de Indias. Bogotá: *El Tiempo.com*. Recuperado de [http://www.eltiempo.com/opinion/columnistas/sergioramirez/ARTICULO-WEB-NEW\\_NOTA\\_INTERIOR-12338574.html](http://www.eltiempo.com/opinion/columnistas/sergioramirez/ARTICULO-WEB-NEW_NOTA_INTERIOR-12338574.html) (Fecha de consulta: diciembre 9 de 2013).
- Reguillo, S. (2007). Textos fronterizos. La crónica: una escritura a la intemperie. En Falbo, G. (Ed.), *Tras las huellas de una escritura en tránsito: la crónica contemporánea en América Latina* (41-50). Buenos Aires: Ediciones Al Margen.
- Rengifo, J. C. (2008). Cuando la verdad se cubre de escombros. *De la Urbe*, 42, diciembre.
- Rotker, S. (2005). *La invención de la crónica*. México: Fondo de Cultura Económica y Fundación para un Nuevo Periodismo Iberoamericano.
- Rozo, Y. (2006). El domingo la tecnocumbia sale a rumbear. *Periódico 15*, 85, 15-28 de febrero.

- Rueda, I. E. (2009). Una voz valiente resuena en el llano. *En Directo*, 47, octubre.
- Rueda, J. J. (2012). Palabras de un mundo a posta. *Pasa La Voz*, 11, mayo.
- Sandoval Escudero, A. (2011). El señor mulato y su sombra. *De la Urbe*, 55, noviembre.
- Suárez Restrepo, V. (2013). La música brilla en sus ojos. *Bitácora*, 9 de abril.
- Tamayo, C. (2000). Murió el tío del pueblo. *Aula* 347, 31, agosto.
- Tejada, L. (2008). Gotas de tinta. En Loaiza Cano, G. (Ed.), *Nueva Antología de Luis Tejada* (279-280). Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- Thompson, H.S. (2012). *El escritor gonzo. Cartas de aprendizaje y madurez*. Barcelona: Anagrama.
- Villanueva Chang, J. (2012). El que enciende la luz. ¿Qué significa escribir una crónica hoy? En Jaramillo Agudelo, D. (Ed.), *Antología de crónica latinoamericana actual* (583-606). Bogotá: Alfaguara.
- Villegas, J. M. (2002). El episodio de la planchada del sombrero. *De la Urbe*, 13, marzo.
- Villoro, J. (2005). *Safari accidental*. México: Editorial Joaquín Mortiz, S.A. de C.V.

## Referencias de la prensa universitaria de Colombia

- Alzate, P. & Toro, H. (2007). Presentación. *Ciudad Vaga* 1(1), 6-7.
- Ayala Cardona, C. (2011). *Manual de estilo. Periódico universitario El Giro*. Sala de Periodismo, Universidad Autónoma de Occidente, Cali (1143). Recuperado de <http://issuu.com/sala-periodismo-uao/docs/manual-estilo-elgiro> (Fecha de consulta: noviembre 26 de 2013).
- De la Urbe* (2010). Cincuenta recorridos. *De la Urbe*, 50(10), 4.
- Directo Bogotá* (2012). Diez años con el “relatómetro” puesto. *Directo Bogotá*, 38, 3.